



S.O.S. cristianos Pilar Rahola

La persecución
de cristianos en
el mundo de hoy, una
realidad silenciada

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Prólogo. Una campanada

Preámbulo

INTRODUCCIÓN

Breve repaso familiar. Católicos

Breve repaso familiar. Ortodoxos

Breve repaso familiar. Protestantes

BAJO LAS GARRAS DE LA INTOLERANCIA

El mapa de la represión

Pionyang, la Jerusalén de Oriente

Pogromo en la tierra de Gandhi

EN TIERRAS DE ALÁ

Jesucristo bajo el dominio de la sharia

Morir en Pakistán

Apartheid en la tierra de los Saud

Ou.Remenkīmi en.Ekhristianos

«Reserva de indios» en Tierra Santa

EN LA DIANA DE LA YIHAD

La ideología

La situación

ADENDA FINAL

Una conversación con Andrea Riccardi

La cristianofobia sutil

Bibliografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

La prestigiosa ensayista y periodista Pilar Rahola (premiada internacionalmente por su obra ¡Basta! sobre la opresión de la mujer en las sociedades musulmanas) se adentra en uno de los grandes dramas de nuestro tiempo, nada menos que la persecución de los cristianos en diferentes circunstancias y geografías en el mundo de hoy.

Siendo un caso manifiesto de persecución a causa de las ideas, es un conflicto del que se ha hablado con sordina en Occidente hasta fechas recientes en que los medios han ido haciéndose cada vez más eco del problema. Por ello, es imprescindible esta obra periodística de intención global, que profundizará en los distintos modos de persecución (el asesinato, la represión o el menosprecio) a lo largo de la geografía mundial, para mostrar así el alcance del fenómeno, con la intención de denunciar y crear conciencia sobre lo que está sucediendo.

El libro está escrito desde un punto de vista laico, de la defensa de los derechos y los valores humanos, con la intención de concienciar al conjunto de la sociedad de la amenaza que ello supone para las sociedades democráticas.

Pilar Rahola
S.O.S. cristianos

Traducción de Ana Ciurans

Prólogo de Julio María Sanguinetti

Ediciones Destino Colección Imago Mundi **Volu-
men 288**

*A las mujeres y los hombres de las misiones,
el ejército de paz más poderoso del mundo.*

Desde lo hondo a ti te grito, Señor; Señor, escucha mi voz; estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica...

Salmos, 130

PRÓLOGO

UNA CAMPANADA

Dijo Cicerón que la verdad se corrompe tanto con la mentira como con el silencio. La gente de nuestra época, *sobrenoticiada* y *subinformada*, inundada de titulares e imágenes fugaces, surfando en la superficie de aguas siempre agitadas por la necesidad del espectáculo colectivo, está lejos de la profundidad. Todo es rápido y efímero. Aun la llamada posverdad, edulcorada expresión de la mentira, es evanescente, nace, estalla, se expande y, con la misma velocidad, se volatiliza. Esa superposición de hechos e imágenes, tanto como difunde esconde, tanto como denuncia silencia. Más necesarios que nunca, entonces, quienes sienten el deber de hablar, de no resignarse a callar lo que no está en la cresta de la ola o lo que es políticamente incorrecto para las vulgatas impuestas por las modas.

A esa raza de periodistas y escritores que hablan, a veces a los gritos para que se les escuche en medio del ensordecedor ruido ambiente, pertenece Pilar Rahola. Más allá de su notoria catalanidad, vive envuelta en las grandes causas universales, las que hacen a los principios rectores, aún necesitados de gladiadores. En este tiempo histórico que luego de la segunda guerra mundial recién tomó con-

ciencia del fenómeno de los derechos humanos como concepto político y jurídico, conviven los textos que los declaran con una realidad negadora más amplia que lo que a primera vista luce. Medio mundo está demasiado lejos de la democracia, en el Oriente lejano y en el Medio. En nuestro ambiente latinoamericano, pensemos, sin ir más lejos, en las batallas que todavía hay que dar por la libertad de prensa cuando las dictaduras militares, primero, y algunos *progresismos* autoritarios, después, por igual han conculcado libertades esenciales. Sin olvidar aquellas que el miedo ha enervado, bajo el atentado cruel de las redes del crimen organizado.

Hemos coincidido con Pilar en la defensa de la causa judía y el derecho del Estado de Israel a existir en condiciones de seguridad, junto a un vecino Estado palestino atenido a las leyes internacionales. Por lo mismo, en la condena a la barbarie terrorista nacida del fanatismo islámico. Son debates sobre la libertad y la intolerancia que siguen tan vigentes como el primer día, desgraciadamente contaminados con ominosos intereses comerciales y especulaciones geopolíticas que se parecen más a los tiempos de la Guerra Fría que a este tiempo de globalización.

En esta obra se aborda otro aspecto de la misma lucha: la persecución cristiana en el mundo, afectada inverosímilmente de un ominoso *ostracismo informativo*. No se introduce en el tema religioso como asunto metafísico. Simplemente aborda desde la ética la persecución que sufre, con perspectivas de exterminio en muchos países, un mundo cristiano que Occidente no asume claramente como propio. Es una denuncia, país por país, lugar por lugar, de cómo los cristianos son víctimas de una persecución implacable, alimentada por el radicalismo islámico. El mismo que sigue alimentando el odio al pueblo judío y al Estado de Israel, agrega esta dimensión que desnuda su real naturale-

za: destruir los valores de Occidente, su liberalismo humanista, su concepción de la igualdad de los derechos de todos los seres humanos, su libertad de cultos, su Estado de derecho.

Esta persecución a los cristianos ha puesto luz, justamente, sobre este vasto conflicto que tanto afecta hoy al mundo, pero sobre todo a Europa, amenazada por una acción violenta desde el seno de sus propias sociedades. Paradójicamente, las estructuras del cristianismo occidental no han mostrado la firmeza esperada ante una voluntad de exterminio tan clara.

Dice la autora: «Mi racionalismo militante me impide creer en Dios, pero mi ética no me impide respetar a los creyentes». Desde esta misma actitud, saludamos esta obra esclarecedora, una campanada que debiera repicar con estridencia en esta civilización occidental nuestra, la primera secular, libertaria e igualitaria, pero no tan fraterna como lo invocaba la proclama de julio de 1789.

JULIO MARÍA SANGUINETTI
Expresidente de Uruguay

PREÁMBULO

Este libro no tiene nada que ver con la fe religiosa. Tampoco está en contra de ninguna, obviamente, pero su enfoque no es la trascendencia espiritual, sino los derechos fundamentales. Es decir, el libro no aborda la moral de un colectivo religioso, sino la ética de toda la humanidad. Precisamente por eso, no habla de los cristianos por su condición religiosa, sino por su condición de víctimas. Y es en este punto en el que el libro asume un compromiso solidario, una voluntad de arrancar el velo que oculta el sufrimiento de cientos de miles de personas perseguidas, maltratadas y asesinadas en pleno siglo XXI por el solo hecho de seguir a Cristo.

¿Los cristianos son los únicos perseguidos, maltratados, asesinados? Teniendo en cuenta la contundencia de los hechos actuales, la pregunta es casi una insolencia. Pero la respuesta merece unas cuantas aclaraciones que ayuden a enfocar correctamente su análisis.

Como es evidente, una gran cantidad de personas de todas las religiones son víctimas de la intolerancia y de la represión sistémica, demonizadas por viejos estigmas y pre-

juicios arraigados en el subconsciente colectivo. Especialmente trágico ha sido el estigma antisemita, rumiado durante siglos en el pesado estómago del mundo, que condujo a la humanidad al holocausto de todo un pueblo. Tres cuartas partes de la población judía europea desapareció por el camino del odio, millones de personas fueron convertidas en humo. La intolerancia, el prejuicio y el estigma han sido una constante en la persecución del pueblo judío, y el siglo XXI no solo no ha enterrado definitivamente el odio antisemita, sino que lo ha resucitado, le ha puesto un traje nuevo y lo practica con fuerza renovada. Si hay un colectivo identitario —y a la vez religioso— víctima del prejuicio en todo el mundo, ese es, sin duda, el pueblo judío, objetivo primordial de todas las ideologías radicales, de la extrema derecha a la extrema izquierda, con el añadido violento y letal del actual fenómeno yihadista. Sin olvidar que también padece un antisemitismo sutil, que practican de manera consciente o inconsciente buena parte de lo que denominaríamos *buena gente*. Indiscutiblemente, los judíos ocupan el pódium del odio y de la persecución desde tiempos inmemoriales, y, hoy por hoy, son el blanco de todos los fenómenos de intolerancia.

Que los musulmanes sufren persecución también es un hecho, con frecuencia a causa de los prejuicios de Occidente, pero también a manos de la ideología totalitaria que pretende representarlos. El islamismo —con el salafismo como madre de todas las vertientes radicales que quieren imponer la Umma mundial, con la *sharia* como ley integral—, es el principal foco de odio, la serpiente que incuba sus huevos por todo el planeta. Es un odio descarnado, que bien se articula a través del desprecio y la represión legal, allí donde gobierna el salafismo, bien acaba en asesinatos masivos, allí donde lo hace el yihadismo. Y, ciertamente, se trata de asesinatos que no discriminan a nadie, no hay que

olvidar que las víctimas principales de esta ideología del mal son los mismos musulmanes.

O mueren porque estaban bajo el fuego cruzado y las bombas, o porque esta ideología del mal —que además intenta acabar con cualquier oposición musulmana de carácter laico— persigue cualquier posición religiosa moderada, considerada inmediatamente herética. También en este caso es evidente que existen miles de musulmanes que sufren persecución por su manera de entender la fe, o incluso por negarla, víctimas de la represión ejercida por la ideología radical que pretende secuestrar a todo el islam.

Y sin hablar en términos de identidad religiosa, hay muchos grupos sociales que son víctimas de persecución, represión y violencia por cualquier motivo que los identifique, de modo que ningún colectivo posee el monopolio del dolor. ¿Qué hay de las mujeres, menospreciadas por las leyes feudales impuestas por países miembros de la ONU? ¿Y de los homosexuales, perseguidos y maltratados como si fueran basura por las mismas leyes que oprimen a las mujeres? ¿Y del menosprecio y la discriminación que todavía les infligen las llamadas sociedades libres?

Ciertamente, la intolerancia con el otro, el diferente, el que le reza a un dios distinto, ama de otra manera, tiene una identidad estigmatizada, o sencillamente, es más vulnerable, no solo no ha disminuido en el siglo XXI, sino que ha aumentado de manera exponencial a medida que íbamos perdiendo valores y se confirmaba lo que el sacerdote e ideólogo Julián Carrón denomina «el fin de la Ilustración».[1]

Lo cierto es que tenemos leyes más justas en muchos países del mundo, pero el mundo no es más justo. Y es un hecho que las instituciones que tenían que velar por los derechos fundamentales han fracasado. Ha fracasado, por ejemplo, el sueño dorado de Eleanor Roosevelt, el anhelo

de una organización mundial de naciones, faro de los derechos, las libertades y la democracia. Hoy día ya sabemos que la ONU no es ese faro de dignidad, ni el guardián de las libertades, y que tampoco tutela los derechos de la humanidad, sino que se ha convertido en un torpe mamut que solo sirve para blanquear, dar voz y proteger a las peores dictaduras del planeta. Algunas de sus decisiones son una auténtica vergüenza que embadurna, de manera sangrienta, la Carta de los Derechos Humanos. Como último y abominable ejemplo, mientras redactaba este preámbulo, la decisión de que Arabia Saudí forme parte de la comisión que debe tutelar y velar por los derechos de las mujeres. He hablado de la indignación que siento ante semejante barbaridad en un artículo escrito para el diario *La Vanguardia*, que reproduzco porque considero desgraciadamente actual:[2]

Perdonen, pero debo preguntarlo: ¿alguien les paga? ¿Les dan petrodólares bajo mano, les prometen bellas huríes, viajes de ensueño, hoteles de mil estrellas? No sé, cualquiera de las maravillas estratosféricas que se compran con el rutilante oro negro y que, en lenguaje terrenal, llamaríamos corrupción. Por supuesto, es una pregunta al azar, uno de esos caprichos del pensar mal, que siempre tienden a la impertinencia. Al fin y al cabo, es preferible imaginar que se trata del vil dinero que de un ataque de locura o una epidemia de indignidad.

Ojalá que lo que ocurre en la ONU sea el fruto de una corrupción sistémica, porque al menos tendríamos una explicación, sucia, perversa, delictiva, pero una explicación, al fin y al cabo. Pero si no es eso, si no se trata de corrupción, o de tráfico de influencias, o de intereses espurios indecibles, ¿cómo se explican los despropósitos que acumula la venerable institución, antaño sueño democrático y hoy un agujero negro, donde se blanquean y legitiman las peores dictaduras? Y donde las decisiones que se toman superan los más extravagantes delirios del surrealismo. La última es de traca, y sería de carcajada si no fuera porque es un insulto a las víctimas de la brutalidad misógina: Arabia Saudí ha sido elegida —en sesión de voto secreto— como miembro de la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer, el princi-